

estuvo en su cita Mr. Billaut, que presentó ese hecho como prueba de que el gobierno mexicano, aun cuando llegue á pagar, después quita lo que dió; sin fijarse que la guerra se hacía precisamente, no al que tomó el dinero sino al que lo pagó, que fué el gobierno del Sr. Juárez. Falto de solidez, de exactitud y de pruebas, concluyó Mr. Billaut su discurso, pidiendo por amor de Dios que se tuviera por justa y por patriótica la guerra que el gobierno de Francia había llevado á México. Dijo que si los mexicanos desairaban la Intervención y estaban contentos con el Sr. Juárez, buen provecho les hiciera.

Este discurso es el único documento que se puede considerar una declaración de guerra á México, sin que se llenara ningún requisito de los que se acostumbra entre las naciones civilizadas. Billaut, buscando argumentos para atacar, no se detuvo en ninguna consideración: citó la guerra con los norte-americanos como prueba de que los mexicanos habíamos ofendido á todo el mundo, siendo que Francia manifestó sus simpatías por México en aquella vez.

En la misma Francia no tuvo popularidad la expedición á México; se le hizo oposición en el cuerpo legislativo y en la prensa no asalariada; solamente los periódicos del gobierno se empeñaban en manifestar una cólera fingida contra México, refiriéndose á las *claras y francas* explicaciones de Mr. Billaut, según dijeron "La Patrie" y "Le Constitutionnel." Pero luego que fué conocido el discurso de Mr. Billaut, aparecieron muchas refutaciones *ex-profeso*, rectificando las especies adulteradas, desmintiendo los hechos falsos y llamando á los franceses para que dijeran lo que había de verdad en los cargos que á México hizo el orador.

Confundíase la razón del distinguido político Mr. Thiers, cuando consideraba que la Francia iba á fundar un nuevo Imperio á tres mil leguas de distancia, siendo necesaria una navegación de treinta y cinco días, sin un objeto determinado, sin una utilidad fija. La expedición á México costaría doce millones cada mes, ocuparía cuarenta mil franceses, siete ú ocho mil marineros y algunos miles de auxiliares, sin decirse acertivamente con qué objeto; sin saberse definitivamente más que el príncipe llamado á reinar en México, iba en breve plazo á atravesar por París y á embarcarse en un puerto francés con dirección á Veracruz.

¿Qué conexión tenían entre sí las ideas de reclamar la protección de los súbditos franceses y la empresa tan considerable de fundar un imperio en el Nuevo-Mundo? ¿Había serias probabilidades de éxito? y aun en este caso, ¿qué utilidad reportaría la Francia? Hé aquí las cuestiones que agitaban tanto á Francia como á México. En una notable carta, el general Prim proporcionó interesantes informes respecto á los manejos de Francia, Inglaterra y España, relativamente á México. Los periódicos de Francia publicaron otra del Sr. José Hidalgo, que fué secretario de la legación mexicana en París, en la que hacía revelaciones acerca de Santa-Anna, enalzaba al Archiduque Maximiliano y al partido clerical de México.

Según "Le Moniteur de l'Armée," los regimientos destinados á venir eran: el 81 de infantería; el 1º y 3º de zuavos; un escuadrón del primer regimiento de cazadores de Africa; otro del 1º de Spahis; la 8ª batería del primer regimiento de

artillería de á pie; una compañía del primer escuadrón del tren de artillería; los regimientos 51 y 62 de infantería; el batallón 20 de cazadores de á pie; la 1ª batería del 11º regimiento de artillería de á caballo; una compañía de ingenieros; dos del tren de equipajes y un cuerpo de gendarmes. Estas tropas se embarcarían en los puertos de Argel, Tolón y Cherburgo, en ocho navíos y siete fragatas y corbetas.

Aunque en España crecía la opinión contraria á la política de Napoleón III, el estado en que quedaban aquí los súbditos españoles era indefinido. Tan luego que el agente diplomático español, D. Juan A. López de Ceballos estuvo en la capital de la República, le fueron entregados por el Sr. Wagner, ministro de Prusia, los documentos relativos á gestiones de asuntos españoles desde el 6 de Diciembre de 1861, en que Mr. Saligny había dejado bajo su protección á los súbditos españoles, franceses é italianos, hasta el 14 de Mayo de 1862.

El gobierno español no aprobó que hubiera cesado la protección del ministro de Prusia á los súbditos españoles, por el estado en que aun estaban las relaciones entre los tres gobiernos signatarios de la Convención de Londres y el de México; quiso que las protestas ó reclamaciones de oficio, fueran firmadas solamente por el Sr. Wagner, careciendo el enviado español de representación oficial, pues no debía *ejecutar acto alguno que envolviera el reconocimiento del gobierno existente*, estando el convenio de Londres suspenso por circunstancias imprevistas. Ordenóse al enviado extraordinario en México que manifestara al ministro de Prusia, que no había llegado todavía el momento de que cesara en la protección oficial prestada á los súbditos de la Reina; debía el Sr. López auxiliar al Sr. Wagner en sus trabajos y obrar en todo de acuerdo con él.

El enviado extraordinario había recibido del Sr. Doblado la promesa de igualar á España con Inglaterra, en los nuevos tratados que se iban á celebrar; las reclamaciones que presentara al ministro mexicano, serían justa y cuidadosamente atendidas, lo que no impidió que todavía en Madrid se trabajara por renovar las estipulaciones de la Convención de Londres. Con este motivo escribale el Sr. Calderón Collantes con fecha 7 de Julio de 1862: "Su Majestad la Reina se ha enterado del despacho de V. S., número 33, fecha 27 de Mayo último, en que da cuenta de la entrevista que en el mismo día habéis celebrado con el ministro de Relaciones Exteriores de esa República."

"Es grato al gobierno de S. M. que se manifieste tan buena disposición á satisfacer sus justas reclamaciones; pero no estando roto el convenio de Londres y deseando el gobierno de S. M. cumplir sus estipulaciones en cuanto de él dependa, no es posible negociar tratado alguno particular, separándose de las naciones amigas que tomaron parte en una misma causa. V. S. tendría ya la noticia de la resolución del gabinete británico, de no ratificar el tratado celebrado por Wyke. El gobierno de S. M. B. decidió al principio prestarle su sanción oficial; pero el examen detenido del tratado mismo, le persuadió de que esta resolución no sería conveniente ni para México, ni para la Gran Bretaña. Al poner Sir J. Crampton en mi conocimiento esta determinación, tuve el honor de manifestarle que no podía me-

nos que merecer la más completa aprobación del gobierno de S. M., en cuya opinión, ninguno de los tres gobiernos que firmaron el convenio de Londres, debía negociar separadamente con el establecido en esa República.”

“Ninguna nueva consideración ha venido á modificar la opinión del gobierno de la Reina. Por más satisfactorios que pudieran ser los arreglos que se hiciesen con el gobierno de México; por más que el gobierno de S. M. desee dar al pueblo mexicano testimonios repetidos del vivo interés con que mira su suerte, y de su deseo de establecer relaciones íntimas sobre bases sólidas y duraderas, los vínculos que lo unen con los gobiernos signatarios del convenio de Londres, le harían renunciar á toda ventaja particular, para no infringir ninguna de sus cláusulas. V. S., pues, deberá limitarse á recibir los documentos que se le entreguen, sin entrar ya en ninguna discusión acerca de su contenido, cuando se refieran al arreglo de las diferencias que motivaron la expedición combinada.—De real orden y por acuerdo del Consejo de ministros, &c.”

“Dios, &c.—Firmado.—S. Calderón Collantes.”

Mr. Mercier, embajador francés en Washington, contribuía mucho á sostener las ideas de Napoleón sobre la conveniencia de intervenir en México; ese ministro dirigió á su gobierno una Memoria muy notable, que fué leída en junta de ministros, tomando como principio fundamental las grandes ventajas comerciales que obtendría Francia de intervenir en México, uno de los países más ricos del globo, y se manifestaba muy favorable al establecimiento de un protectorado francés aquí. Aludía también al efecto producido por la expedición francesa en los Estados-Únidos, “que se muestran, dijo, los más ardientes partidarios del gobierno de Juárez.” Ya Mr. Mercier había intrigado en gran manera para que fuese derrotado el tratado de Mr. Corwin en el Senado de los Estados-Únidos.

Volviendo la vista al gobierno del Sr. Juárez, lo encontramos apremiando á los gobernadores de los Estados para que enviasen sus contingentes á la mayor brevedad; para buscar recursos había casi duplicado las contribuciones impuestas. Algunos opinaban porque era conveniente trasladar la capital á alguna ciudad del Interior, y se daba por seguro el arreglo de las diferencias entre México é Inglaterra, estipulado primeramente en Puebla entre los Sres. Doblado, Wyke y Dunlop. Otros muchos abrigaban grandes esperanzas de que se ratificara el tratado entre México y los Estados-Únidos, contra el cual protestaron los comisionados franceses. Acerca del plan de Almonte apenas se hablaba en la capital de la República; pasaba despreciado, aunque en el valle de Tlaxcala, Matamoros Izúcar y algunas otras poblaciones inmediatas á esos puntos, había sido proclamado. Aceptábalo la isla del Carmen, donde trataba de restablecer los fueros el jefe Sandoval, pero se opuso á ello el comandante francés; las tropas de Campeche llegaban hasta Pital y Mamantel. En la capital de la República había gran paralización de los negocios; los caminos estaban intransitables y muchos comerciantes españoles se habían retirado. De Veracruz se mandaban expediciones á los pueblos de la costa, para inducirlos á que se pronunciaran por el plan de Almonte.

En los Estados fronterizos se notaba gran malestar: en Chihuahua había excitación por haberlo invadido el coronel Beller con una pequeña fuerza de tejanos. También el pueblo fronterizo de Piedras Negras fué invadido por ciento veinte americanos, que fueron recibidos á balazos, declarándolos filibusteros.

Vidaurri, que veía con desagrado los triunfos obtenidos por las tropas que mandaba D. Ignacio Zaragoza, no hizo ni permitió demostración alguna de regocijo cuando se supo en Monterrey el éxito de la batalla del 5 de Mayo; hasta después de muchos días publicó el parte del general Zaragoza, sin añadir una sola palabra en elogio del ejército mexicano; parecía en Nuevo-León que no había guerra con Francia, porque Vidaurri jamás refería en “El Boletín Oficial” las operaciones militares del ejército de Oriente; ese periódico, único en aquel Estado, ni abrió suscripción para la espada de honor que se iba á regalar al general Zaragoza, ni hizo jamás elogio alguno de este general; parecía que el entonces Estado de Nuevo-León y Coahuila, estaba de hecho separado de la Nación, después de siete años en que imperaba únicamente la voluntad de Vidaurri. Este redujo á la mitad la gracia que concedía al comercio la zona libre, establecida en la orilla derecha del río Bravo.

Al cerrar el Congreso mexicano sus sesiones, el 31 de Mayo, en el discurso del Presidente Juárez se leían estas frases: “Los Estados todos, aun los más distantes del teatro de los últimos acontecimientos, se apresuran á enviar sus contingentes al campo de batalla, donde el ejército nacional se ha cubierto ya de gloriosos laureles; los caudillos que guiaron al pueblo para conquistar la Libertad y la Reforma, lo guían ahora para sostener la Independencia y la soberanía de México; en todo el país se levanta una voz tan unánime como espontánea, protestando adhesión sincera á la Constitución de 1857 y al orden legal que de ella se deriva, rechazando con indignación los proyectos insensatos de intervención en nuestros negocios interiores y de cambiar, bajo la sombra de las bayonetas extranjeras, la forma de gobierno que libremente se ha dado la República.”

“Habéis admirado y recompensado con honoríficas distinciones, las glorias alcanzadas por nuestro ejército en las Cumbres de Acultzingo y en los alrededores de la invicta Puebla. Habéis hecho oír vuestra voz augusta en favor de la justicia que nos asiste, y excitado á nuestros conciudadanos á que se agrupen en torno de la bandera nacional.” “El gobierno protesta ante vosotros y ante el mundo, perseverar en la contienda, defender palmo á palmo el territorio de la República, y sucumbir primero que pasar por la mengua ó el vilipendio del generoso y esforzado pueblo mexicano.”

“Rota la Convención de Londres, la guerra es solamente con una de las potencias que suscribieron aquel pacto, y existen fundadas esperanzas de que con las otras dos pronto se restablezcan nuestras relaciones bajo el pie de mutuo interés y de franca y cordial amistad.”

“El hecho sólo de haber terminado el Congreso de la Unión sus períodos de sesiones y de estar en él representados todos nuestros Estados, habla muy alto en

favor de la estabilidad de nuestras instituciones y del apoyo que encuentran en la libérrima voluntad de nuestros conciudadanos."

El presidente del Congreso, Sr. Linares, contestó en los términos siguientes:

"Al retirarse el Congreso que cierra hoy sus sesiones, se congratula con el Gobierno Supremo por el valor y el patriotismo de que los mexicanos han dado tan brillantes pruebas, y abriga la esperanza de que, bien dirigidas estas virtudes, serán bastantes para hacer á esta Nación respetable, é impondrán temor á los invasores y traidores que pretenden someterla al yugo de la esclavitud. El Congreso deja en manos del Ejecutivo un inmenso poder para afrontar la situación crítica que el país atraviesa, y no teme que el gobierno abuse de esa suma de facultades: sus actos anteriores son una garantía de los futuros, y la política que ha adoptado hace esperar que todas sus miras se dirigirán á la felicidad general. Concluye, pues, el Congreso sus tareas, elevando á la Providencia sus más fervientes votos porque conceda á los actuales gobernantes la satisfacción de haber salvado á la Patria, y con ella los principios de la Libertad y la Reforma."

Animaba á los juaristas el saber que la guerra de los Estados-Unidos no tardaría en tocar á su fin, y que las cuestiones de Roma, el Véneto, Hungría y Polonia, estaban próximas á una violenta solución; que el Emperador francés, arrastrado por las circunstancias, tendría que llamar al ejército de ocupación en México, para atender al sangriento drama que se preparaba en Europa. Estas circunstancias daban ánimo á los que combatían aquí la Intervención, y les hacía concebir esperanzas en el triunfo. En París se atribuía á Napoleón el designio de adquirir el Estado de Sonora para fundar colonias francesas, y hasta se designaron las personas que aconsejaban al Emperador que procurara esa adquisición; entre ellas se contaba al escritor Miguel Chevalier, á los ministros Fould y Thouvenel y al banquero Rotschild; pero era general la opinión acerca de que, el día que la bandera monárquica se enarbolará en México, comenzaría una serie indefinida de choques entre el principio monárquico y la libertad americana; los franceses que habían ayudado á la América en sus guerras de Independencia, no sostendrían el germen de esas guerras seculares; sin embargo de que, los que en Europa combatían al Austria, aquí se presentaban como campeones de un príncipe austriaco. Estas y otras reflexiones hacía la prensa que se mostraba muy acerba contra la política imperial.

En la ciudad del Carmen fué levantada una acta de adhesión á las ideas intervencionistas el 6 de Mayo; el presidente del Ayuntamiento citó á una sesión en la que expuso los motivos que tenía para dar ese paso, siendo el principal que en los gobiernos reaccionarios se elevaba á territorio el partido del Carmen; se reconoció jefe de la reacción á D. Juan N. Almonte y se nombró un consejo de gobierno para que con el jefe político resolviera en los asuntos que se presentaran; hubo discusión y quedó aceptado lo hecho por el voto de calidad del presidente de la Corporación Municipal. En ese puerto del Carmen desembarcaba desde mediados de Mayo armamento y municiones el vapor "Grenade," mandado por el capitán H.

Hocquart quien no aprobó completamente el acta de adhesión, por ser en sentido reaccionario, aunque reconociendo á Almonte.

La marina francesa continuaba hostilizando las poblaciones del Golfo. En Campeche, después del cambio de comunicaciones entre Mr. Royer, comandante del "Eclair" y las autoridades del Estado que rehusaron adherirse al pronunciamiento de Veracruz, se cambiaron algunos cañonazos entre el buque francés y el fuerte de San Luis, situado sobre la costa de Lerma, sin que se hubiera obtenido ningún resultado de importancia.

Algunos días después, á consecuencia de haber ocupado la mayor parte del distrito disidente del Carmen las fuerzas de Campeche, Mr. Hocquart, comandante de la cañonera francesa llamada "La Grenade," se apoderó de las pequeñas embarcaciones que cargaban sal en Celestum, y en seguida intimó rendición al comandante militar de Campeche para que reconociera al gobierno de Almonte. Habiéndose negado á la petición el jefe de la plaza, lanzó "La Grenade" durante tres días, una lluvia de proyectiles sobre la ciudad, al grado de haber ocasionado entre los habitantes, nacionales y extranjeros, multitud de desgracias. Las autoridades del puerto armaron en guerra la goleta "Pizarro," y otras dos embarcaciones menores que trabaron combate con la "Grenade;" después de una hora, los franceses tuvieron que retirarse fondeando á ocho ó nueve millas del puerto.

El 17 de Mayo dirigió al gobernador de Campeche una nota el jefe de la cañonera "L'Eclair," oponiéndose á toda comunicación entre el puerto de Campeche y los demás puntos del litoral de México; estado que no cesaría hasta que fuese reconocida y proclamada solemnemente en Campeche la autoridad del general Almonte, y se hubiese protestado que ninguna tentativa hostil se emprendería contra la ciudad de la Laguna de Términos, ó cualquiera otra que reconociera la autoridad de Almonte.

Para obtener contestación, secuestró el comandante del "Eclair" á un hermano del individuo con quien mandó la nota; en la contestación, el Sr. P. García se resignó á las consecuencias; protestó contra la fuerza que no era el derecho y decía que Mr. Hocquart, comandante de "La Grenade," que sostenía á los intervencionistas en la Laguna, era el primero en despreciarlos; terminaba haciendo único responsable de los males que sobrevinieran, á la Francia.

Los que se habían pronunciado en la isla del Carmen por Almonte y la Intervención, invitaron al gobernador de Tabasco Sr. Dueñas, á secundarlos, amenazándole en caso de que se rehusara, á un bloqueo del Estado por la escuadra francesa. El gobernador rechazó las sugerencias y despreció las amenazas; entonces el comandante del "Eclair," Mr. Royer, apoyó la intimación de los intervencionistas y dirigió una comunicación al mismo gobernador de Tabasco. Decíale en 15 de Mayo de 1862, que se había verificado un movimiento nacional en Veracruz y otras ciudades, bajo la presidencia del general Almonte, conocido por su patriotismo; movimiento que tenía por objeto organizar un gobierno que se apoyara en bases sólidas que pudieran, en el porvenir, preservar al país de la guerra civil y dar

toda clase de seguridades á nacionales y extranjeros; que la Francia protegía esta manifestación nacional y estaba determinada á destruir á todos los que desconocieran los derechos de los ciudadanos, y quisieran poner obstáculos á aquella obra de orden y libertad; en consecuencia, pedía que lo más pronto posible se le dijese que la población tabasqueña se adhería al gobierno del general Almonte. El Sr. Dueñas no quiso acceder, y la marina francesa nada intentó por entonces contra el Estado de Tabasco.

En Alvarado impuso un préstamo de mil pesos, el comandante del vapor "Constitución" D. Blas Godines; y no recibiendo el dinero, atacó el 9 de Junio la población, que fué defendida por fuerzas de Tlacotalpam al mando de D. Ambrosio Larragoiti, quien con un cañón viejo desenterrado, pudo lograr que el vapor levantara anclas, batiéndolo desde una eminencia llamada "Casa-mata."

Mientras esto pasaba en las costas, marchaban de Durango para el Interior de la República, seiscientos hombres mandados por el gobernador Patoni; en Oaxaca era sofocada una conspiración en favor del programa de Almonte; Chiapas enviaba quinientos cincuenta soldados al mando del comandante José Pantaleón Domínguez. El cabecilla Larrauri entraba en los primeros días de Junio á San Juan del Río é imponía un préstamo, habiendo tenido que concentrarse á Querétaro la fuerza que había guarnecido á aquella población. En la capital del mismo Estado desertaban en grupos considerables los soldados; algunos de ellos abandonaron la guardia del Hospicio y fué preciso mandar de México tropas para auxiliarla. En Huisquilúcam secundaba Ignacio Butrón el acta de Orizaba, reconociendo Jefe Supremo á D. Juan N. Almonte.

El Estado de Durango era invadido por el cabecilla español Máximo González, que se titulaba gobernador y comandante general. La disolución del Distrito militar de la Huasteca confiado á D. Jesús Andrade y el haber impuesto á los pueblos de Zacualtipam y Chicontepec, gobernantes que allí no eran aceptados, fué la señal de la guerra civil en la Huasteca; de ella se siguió que la reacción se apoderara de aquellos lugares, donde en seguida imperó la Intervención, promovida en Chicontepec por agentes activos; para corregir el mal, se creyó que el único remedio era restablecer en el mando al coronel Jesús Andrade. El Presidente Juárez, como medida política, dividió el Estado de México en tres distritos.

A mediados de Junio, el ejército de Oriente, fuerte en 14,000 hombres, estaba colocado de la siguiente manera: el cuartel general en Acatzingo; la división Berriozábal en Chalchicomula; la de Zacatecas en Tecamachalco; la de Negrete en el Palmar; las caballerías en Quecholac y los exploradores en la Cañada. En el Fortín, entre Orizaba y Córdoba, y en el Potrero, entre Córdoba y el Chiquihuite, permanecían las tropas de Márquez que tenía también algunos pelotones de caballería en el Ingenio y el Chiquihuite. Había recibido este jefe tres mil quinientos fusiles embargados en la Aduana de Veracruz y tres obuses de montaña que les fueron quitados á las tropas liberales. Aunque Laurencez proporcionaba á las fuerzas de Márquez algunos recursos, se negaba á darles todo lo necesario para



*Leopoldo I, Rey de los belgas.*

Padre de la Princesa Carlota Amelia. Permitió el reclutamiento de belgas para formar la legión que vino á defender el Imperio de Maximiliano, aunque con tal permiso falseaba las leyes de Bélgica. Por esta conducta fué combatido en el Parlamento y se verificaron en su contra manifestaciones populares; pero el rey de los belgas continuó hasta su muerte favoreciendo los intereses de su hija y de Maximiliano.